

Prólogo



Yo era muy joven todavía y no sabía ni cómo ni por qué, pero aquel tipo alto de orejas de soplillo cantando “Rock-a-Billy Boogie” me gustaba. Ni siquiera sabía entonces el nombre de ese señor ni el título de la canción, pero me gustaba.

Tendría yo unos nueve o diez años, y ese tema sonaba muchos sábados por la tarde en la tele, en *Aplauso*, en aquello de “La juventud baila” que presentaba José Luis Fradejas. Pero es que además lo ponían a menudo en los coches de choque de mi barrio y, muchas veces, también salía por la radio de mi madre mientras planchaba. Yo no tenía ni idea de qué era aquello, pero seguro que fue la primera vez en mi vida que oí eso de *Rockabilly*.

Pocos años después, con la edad en la que entonces nos hacíamos mayores, me dio por alisarme los rizos, peinar me el pelo para atrás fijándolo con laca Nelly y vestirme con cazadoras con el cuello para arriba siguiendo la imagen de otro tipo —también alto, por cierto— del cual había comprado alguno de sus primeros discos; un tal Loquillo. Año 84 estoy hablando, ¿OK?

Me hice *rocker*, o eso creía yo, y con ese punto de partida tan poco ortodoxo y desde la soledad del que empieza en algo sin conocer a nadie, poco a poco fui metiendo mi nariz en el universo del Rockabilly, que en España empezó a forjarse de manera sólida a partir de la llamada *Movida* de finales de los setenta y primeros ochenta, pese a girar alrededor de una música que ya entonces contaba con más de veinticinco años de Historia.

En aquellos días, ese era terreno absolutamente virgen para un buen montón de quinceañeros que, de repente, nos sentimos fascinados por gente como Gene Vincent, Carl Perkins, Eddie Cochran o Elvis Presley; tipos que, en muchos casos, ya llevaban años criando malvas y, como poco, hacía décadas que habían grabado sus grandes temas.

Fue entonces cuando descubrí a Johnny Burnette. Uno de los primeros *rockers* que conocí me pasó una casete grabada y, mira qué casualidad, entre los veinte o veinticinco temas que metió, uno de ellos era, precisamente, “Rock-a-Billy Boogie”. De repente, un resorte dormido hacía años en mi cerebro hizo “Ping”. ¡Demonios! ¡Era la misma canción que había escuchado en mi infancia!

En aquel momento aprendí que el tipo de la tele y de los coches de choque se llamaba Robert Gordon, pero que la canción no era suya; había hecho una versión de otra, grabada más de veinte años antes por tres tipos de Memphis llamados Johnny, Dorsey y Paul. ¡Joder! ¡Ahí estaban Johnny Burnette & The Rock’n’Roll Trio sonando a toda hostia en mi radio-casete! Y mil veces mejor, por cierto, que el señor Gordon.

A partir de ese instante comencé a buscar como loco el resto de la obra de Johnny Burnette & The Rock’n’Roll Trio. Primero a través de más cintas que rápidamente encargué a mi colega y, poco después, ya de manera definitiva con los dos LPs dedicados al grupo que editó en España José Luis Álvarez en su compañía, Cocrilero Records. De esta manera, el Rockabilly grabado por Johnny en el 56 entró en mi vida al mismo tiempo que el sexo, mis primeras borracheras y mis primeros escauceos callejeros con otros *rockers*, con lo cual puedo presumir de que llegué en el momento adecuado y quedé ahí, marcado a fuego, como una parte muy importante de la banda sonora de mi adolescencia. No se me ocurre mejor manera para dar mis primeros pasos por el mundo real. Me siento un privilegiado, sin duda alguna.

Temas como “Tear It Up”, “Oh, Baby Babe” o “Lonesome Train” entraban por mis oídos como una taladradora y gastaban mis zapatos todos los fines de semana, uno tras otro, en reuniones pandilleras; haciéndonos corro mientras bailábamos de uno en uno y acabábamos revolcados por el suelo una vez y otra también. Ufff... días peligrosos, sin duda.

En aquellos tiempos, sin la magia de Internet todavía, toda literatura sobre música marginal, que es lo que es el Rockabilly desde su nacimiento, pasaba por los *fanzines* y por las escasísimas publicaciones del tema que podían caer en tus manos. Y cada vez que surgía esa oportunidad, ahí estaba yo, devorando con avidez aquel número del *Rock Especial* dedicado a los pioneros del Rock de los años cincuenta; aquellos primeros *Ruta 66*; *fanzines* y más *fanzines* que fomentaban las leyendas más que el rigor histórico. Y en toda referencia escrita sobre aquellos días, se reverenciaba la figura de los hermanos Burnette, clasificando a The Rock’n’Roll Trio como los artífices de las grabaciones de Rockabilly más explosivas de los años cincuenta, junto con la obra de Gene Vincent en el 56.

Al igual que ocurrió con “Rock-a-Billy Boogie”, muchos otros temas de Johnny Burnette nos llegaban primero de manos de otros artistas (caso de “Rock Therapy” o “Baby Blue Eyes” en sus versiones de Stray Cats; “Tear It Up” por Teddy & The Tigers o “All By Myself” de nuevo por Robert Gordon) en los escasos discos del género que se editaban entonces en España, pues recurrir a la importación en aquellos días no estaba al alcance de cualquier bolsillo.

No sé muy bien por qué, pero ya en aquel entonces el carácter intemporal de todos esos temas quedaba de manifiesto en la multitud de versiones que les dedicaron todos esos grupos que volvían a poner de moda el Rockabilly. Y resultaba cuando menos curioso, porque el grupo original apenas funcionó como tal un par de años y ninguno de sus discos llegó a ser gran éxito de ventas en los años cincuenta.

Tal vez sea cierto que la sociedad americana de aquellos tiempos no estaba preparada para digerir semejante burrada, y tuvieron que pasar más de veinte años para que, tras la indigestión del Punk, muchas cabezas se giraran hacia el Rockabilly de los cincuenta para darse cuenta de que, con una guitarra en la mano y la juventud como bandera, unos cuantos chavales de Memphis ya habían dejado claro quiénes fueron los primeros en poner la industria musical patas arriba.

Con el paso del tiempo mi interés hacia los sonidos del Rock'n'Roll americano de los años cincuenta no ha disminuido ni un milímetro; mas bien al contrario, muchos son los artistas que he ido descubriendo, estilos, matices... maneras de hacer música que se han olvidado con el paso del tiempo. Veinticinco años después de escuchar por vez primera a Johnny Burnette & The Rock'n'Roll Trio, puedo decir sin dudar ni un segundo que siguen ocupando un lugar preferente en mi colección, y ha sido un auténtico placer seguir profundizando en el resto de la obra de los hermanos Johnny y Dorsey Burnette, desde el Rockabilly que siguieron grabando y componiendo para otros artistas al finalizar su andadura como The Rock'n'Roll Trio hasta los temas más Pop de los años sesenta. Auténticas obras maestras que resulta casi increíble que salieran de las cabezas de dos patanes pendencieros de Memphis.

Antes de que empieces a leer este libro has de saber que, por encima de razas y creencias, las personas en el mundo se clasifican en dos grandes grupos: los que conocen la música de Johnny Burnette y los que no. Si estás en el primer caso, te invito a que te adentres en estas páginas con el ánimo del que sabe de qué va el rollo pero a la vez con la curiosidad de aprender un poco sobre la vida del personaje en cuestión y del cómo y el porqué. Pero también puede que pertenezcas a la segunda categoría y seas un tipo que no sabe dónde se está metiendo. Te envidio entonces, amigo, y pagaría por volver a tener la oportunidad de escuchar temas como "Baby Blue Eyes" o "The Train Kept A-Rollin'" por vez primera, pudiendo así disfrutar de nuevo de aquel puñetazo en los morros que sentí hace más de veinticinco años. Disfruta, hermano.

FRANCHO ANGÁS

Introducción



El 30 de agosto de 2003 me encontraba en Memphis, Tennessee delante de un escenario instalado en la calle principal de la ciudad con motivo del *Memphis Music & Heritage Festival*, una celebración anual destinada a exaltar y dar a conocer las excelencias del rico folclore de la zona a través de exposiciones, degustaciones culinarias, actuaciones musicales, representaciones teatrales... En fin, todo lo que la mente más calenturienta pueda esperar del típico modo de hacer de los *americanos*.

Estaba disfrutando de la actuación de Sonny Burgess, toda una leyenda del Rock and Roll primigenio que grabó para el no menos legendario sello local Sun Records joyas como “We Wanna Boogie” o “Red Headed Woman”, cuando un tipo que se encontraba a apenas unos metros de mí, entre el público, llamó poderosamente mi atención.

Alto, delgado, de pelo escaso y canoso y apariencia afable, creo que se dio cuenta de que me pasé observándole prácticamente todo el show de Mr. Burgess y, cuando éste terminó, me armé de valor para acercarme a él y, tembloroso, preguntarle:

—Disculpe, ¿es usted Paul Burlison?

Una sonrisa de oreja a oreja me confirmó, antes de que pronunciara una sola palabra, que no me había equivocado. Tras la muerte de los hermanos Johnny y Dorsey Burnette tenía delante de mí al último miembro vivo de una de las formaciones que más ha influenciado a generaciones y generaciones de músicos de Rock posteriores a ellos.

Y no me refiero únicamente a grupos y solistas afines de alguna manera a los sonidos más clásicos del Rock and Roll, como los norteamericanos Stray Cats y Robert Gordon o el británico Shakin’ Stevens, por citar solo a algunos de los más conocidos por el gran público.

No. Desde The Beatles a Led Zeppelin, pasando por The Yardbirds y Aerosmith, Elvis Costello y Motorhead, Fleetwood Mac e incluso Rod Stewart, son

innumerables los artistas que han versionado de una u otra forma y con mejor o peor fortuna, alguno de sus temas.

Y lo más curioso de todo: a Johnny, Dorsey y Paul, o lo que es lo mismo, The Rock and Roll Trio, les bastaron apenas un puñado de temas grabados a mediados de 1956 para conseguirlo. Ni más ni menos.

Además de poseer un talento indudable, los hermanos Burnette y Paul Burlison se encontraban en el lugar adecuado en el momento más propicio. Toda una nueva generación de potenciales consumidores, personificados en adolescentes que por primera vez en la Historia se identificaban como tales, necesitaba una música que les diferenciara de sus mayores y la hallaron en la acertada combinación entre Rhythm and Blues y Country que, de forma totalmente natural, se había estado gestando en el sur de los Estados Unidos, extendiéndose a continuación con mayor o menor dosis de edulcorante por toda la nación.

Aunque explicado de forma bastante simplista (habría mucho que hablar sobre el tema), así surgió, para desgracia de personajes como Frank Sinatra,¹ el Rock and Roll y con el nombre del nuevo estilo musical bautizarían Johnny, Dorsey y Paul a su proyecto conjunto.

Nombres como Bill Haley y Elvis Presley ya eran populares y la primera hornada de *rockers*, los verdaderos pioneros, estaba lista para empezar a hacer Historia. Junto a artistas como Carl Perkins, Little Richard, Gene Vincent o Chuck Berry, estaban también Johnny Burnette & The Rock and Roll Trio o, simplemente, el Johnny Burnette *Trio*, nombre con el que empezaron a ser conocidos inmediatamente después de su debut discográfico y que inmortalizarían en su única incursión cinematográfica.

Tras la ruptura definitiva de la banda, apenas unos meses después de que su carrera comenzara a despuntar, sería el menor de los Burnette quien llegaría a alcanzar las más altas cotas de éxito y popularidad, consiguiendo entrar directamente en el terreno de la leyenda, además de por méritos propios, por su temprana y trágica muerte acaecida en agosto de 1964.

Pero para no enredarme demasiado y continuar con la historia con la que empezaba estas páginas: Paul y yo estuvimos un buen rato hablando; especialmente de su visita a Barcelona en 1996 para actuar junto a Rocky Burnette, el hijo de Johnny, y también de cuánto le gustaría volver a visitar España. “*Tal vez el año que viene*”, me dijo.

Me despedí no sin antes pedirle que estampara su firma en una de las hojas de la libreta con el membrete del Hotel Peabody que llevaba encima, y esa noche

1. *La Voz* hizo en 1957 esta lúcida declaración: “*El Rock and Roll es cantado, tocado y compuesto principalmente por imbéciles y cretinos... y mediante su casi estúpida reiteración y sus sucias letras ha conseguido convertirse en la música marcial de todos los delincuentes que existen sobre la faz de la tierra. El Rock and Roll es la forma de expresión más brutal, fea, desesperada y viciosa que he tenido la desgracia de escuchar.*”

dormí a pierna suelta sintiéndome el más afortunado de los mortales tras haber tenido ocasión de conocer en persona a toda una leyenda viviente del Rock and Roll original.

Apenas un mes después de aquel afortunado encuentro, recibí la noticia de que Paul Burlison había perdido definitivamente la batalla que llevaba tiempo librando contra el cáncer. Era 27 de septiembre y el verano había terminado.

1

Memphis, Tennessee

“Un cambio masivo se estaba produciendo en los hábitos musicales de los jóvenes americanos de raza blanca, y este cambio pudo apreciarse muy tempranamente en Memphis y sus alrededores. Los blancos de la zona habían estado contratando a artistas de color para sus bailes y fiestas durante décadas y, a comienzos de los años cincuenta, la mayoría de las gramolas situadas en lugares frecuentados por adolescentes blancos estaban llenas casi exclusivamente con discos de músicos negros. El Country era más rústico, para chicos de clase baja. Aquéllos que se consideraban a sí mismos sofisticados, bailaban y bebían al compás de la música negra”. (Robert PALMER)

Si hay una ciudad en el mundo donde Música e Historia queden fundidas de modo que sea prácticamente imposible distinguir dónde acaba una y empieza la otra, ésa es, sin lugar a dudas, Memphis.

Hoy, esta gran urbe a orillas del Mississippi está orgullosa de unas raíces musicales y culturales que entroncan directamente con la mezcla derivada de las costumbres y el folclore propio de los primeros blancos *libres* y de los primeros negros *esclavos* que se asentaron en la zona ya desde finales del siglo XVIII. Pero como suele suceder demasiado frecuentemente en ese gran pozo de contradicciones que son los Estados Unidos de América, esto no ha sido siempre así.

Todos los indicios apuntan a que el primer europeo que pisó el actual estado de Tennessee fue Hernando de Soto,¹ un hidalgo extremeño que, después de haber acompañado a Pizarro en la conquista del Perú, obtuvo del primero de los Austrias una capitulación para conquistar el extenso territorio de la Florida. Algo que no sentó demasiado bien, por cierto, a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien acababa de

1. Todo lector interesado en las habitualmente ignoradas andanzas de nuestros ancestros en tierras norteamericanas, encontrará de gran interés *Banderas lejanas. La exploración, conquista y defensa por España del territorio de los actuales Estados Unidos*, una instructiva obra de Fernando Martínez Laínez y Carlos Canales Torres que, publicada por la Editorial EDAF en 2009, acumula ya varias ediciones.

pasarse nada menos que ocho años viviendo una sucesión constante de aventuras como uno de los cuatro únicos supervivientes de la malograda expedición que, bajo el mando de Pánfilo de Narváez, trató de ganar para la Corona de Castilla esas mismas tierras.

Cualquiera que se pare a mirar un mapa moderno de los Estados Unidos, comprobará que los estados de Florida y Tennessee se encuentran muy próximos el uno del otro, aunque esa cercanía sobre el papel se traduce en cientos de kilómetros al desplazarnos sobre el terreno. En una época en que solo las barreras físicas, aparte de la agresividad de sus moradores originales, servían para separar territorios, el bueno de Hernando, guiado por su espíritu aventurero, condujo a sus hombres por lo que unos cientos de años después serían los territorios de Georgia, Carolina del Sur, Alabama, Mississippi, Arkansas y Louisiana, con tan mala fortuna que acabó enfermado de malaria y muriendo en 1542 en algún lugar en las proximidades de la futura Memphis.

Cuenta la Historia que sus lugartenientes, antes de abandonar la zona bajando por el Mississippi y para evitar que los belicosos indígenas supieran de la ausencia de aquel semi-dios a quien tanto temían y respetaban, ocultaron su cuerpo en el tronco vacío de una encina y lo sepultaron en lo más profundo del río.

Es de suponer que lo poco que quedara de sus restos seguiría por allí cuando, casi doscientos años más tarde, un grupo de franceses decidió construir un fuerte al que llamaron *Assumption*² y que es considerado el primer asentamiento permanente en el lugar que, en 1819, los generales Andrew Jackson y James Winchester y el juez John Overton señalaron como la ubicación definitiva de un nuevo centro urbano al que dieron en llamar Memphis, en recuerdo de la antigua capital de la región egipcia del delta del Nilo.

Lo de centro urbano puede resultar demasiado pretencioso si tenemos en cuenta que, por esos entonces, su población se reducía a apenas medio centenar de personas, pero la pronta llegada de emigrantes alemanes e irlandeses propició un rápido desarrollo que hizo que pocos años después y, eso sí, antes de que el general Jackson se convirtiera en el séptimo presidente de los *States*, la ciudad fuera incorporada con plenos derechos a la Unión, prosperando rápidamente al convertirse en el principal centro de expansión del negocio del algodón.

Su estratégica posición hizo que las tropas nordistas la conquistaran prácticamente recién comenzada la Guerra de Secesión por lo que, a pesar de pertenecer a un estado esclavista y como tal partidario del éxito de la Confederación, apenas sufrió destrucción durante la contienda que enfrentó a Norte y Sur entre 1861

2. La verdad es que los franceses mantuvieron el asentamiento durante apenas unos meses y *Fort Assumption* quedó abandonado hasta que, ya a finales del siglo XVIII, los españoles construyeron sobre sus ruinas un nuevo emplazamiento que se denominó San Fernando de las Barracas y que, a su vez, fue desalojado ante la presión de los pujantes Estados Unidos de América.

y 1865.³ Pero como el Destino es muy suyo, y gusta de dar una de cal y otra de arena, en 1878 una epidemia de fiebre amarilla acabó con la vida de más de cinco mil personas (curiosamente casi todas de raza blanca) y mucha gente huyó a otras poblaciones más o menos cercanas.

Como consecuencia, Memphis perdió su título de ciudad hasta 1893, año en que empezó a recuperar su esplendor gracias, de nuevo, al comercio del algodón.

Paralelamente a este renacimiento, fue surgiendo una industria del entretenimiento localizada alrededor de Beale Street,⁴ en la parte más antigua de la ciudad y la más cercana al Mississippi. Allí, los antes esclavos mataban sus ratos libres bebiendo licor barato mientras un músico ambulante tan negro como ellos le cantaba a las desgracias de la vida acompañado por el sonido quejumbroso de su guitarra.

Lo que después se conocería como Blues se convirtió así en la banda sonora⁵ de una ciudad que había visto crecer el número de sus habitantes hasta superar los cien mil con el comienzo del siglo xx.

La nueva etapa de bonanza duraría hasta el comienzo de la Gran Guerra, cuando la industria algodonera sufrió una importante recesión que llevó a muchos de los habitantes de Memphis a trasladarse a Chicago en busca de trabajo.

Cuando las cosas habían empezado a mejorar, llegó el golpe de gracia: El *Crack Bursátil* de 1929. La Gran Depresión dejó literalmente en la calle a millones de personas en todo el país que se vieron en la necesidad de realizar cualquier tipo de actividad para ganarse el sustento. Fueron años muy duros en los que muchas familias abandonaron sus hogares en busca de mejores oportunidades.

Entre esas familias se encontraba el matrimonio formado por Willie Mae y Dorsey Burnett (la e final llegaría más tarde, aunque para no liar la madeja, usaré desde ahora el apellido que hicieron famoso sus hijos). Ambos procedían de Birmingham, la principal ciudad del estado de Alabama. Willie Mae se había quedado huérfana de padre y madre a una edad muy temprana y había sido educada por una tía suya que, en cuanto tuvo ocasión, se libró de ella casándola con el primer pelanas que se cruzó en su camino, sin preocuparse lo más mínimo por el hecho de que su sobrina no tuviera más que trece años. De aquel matrimonio nacerían cuatro hijos que el pelanas, de nombre Sparks, se llevó con él a California sin que Willie Mae volviera a tener apenas noticias de ellos. Toda la aprensión y el resentimiento que una experiencia tan traumática le pudiera haber causado, se esfumó cuando conoció

3. Aunque, como proclaman con orgullo sus folletos turísticos, en Tennessee tuvieron lugar más batallas durante la Guerra de Secesión que en cualquier otro estado.

4. Así llamada en honor a un héroe militar en 1841, Beale Street albergó durante la Guerra de Secesión el cuartel general de Ulysses S. Grant.

5. Precisamente la primera canción en incluir el término *blues* en su título fue "Memphis Blues" (1912), original del músico de color W. C. Handy, normalmente reconocido con el apelativo de *Padre del Blues*. La ciudad le ha devuelto el favor dedicándole uno de sus parques, y aún es posible visitar la casa en la que vivió.

a Dorsey Burnette, un *cuatro ojos* bonachón que por entonces se estaba recuperando de un accidente laboral que le había dejado la mano derecha reducida a los dedos pulgar e índice. No tardaron en casarse, y tras tirarse una temporada viajando por Oklahoma y Arkansas, decidieron finalmente asentar sus reales en Memphis.

Allí, se instalaron en una pequeña casa en las afueras que Dorsey construyó con sus propias manos⁶ y pusieron en marcha un modesto negocio de catering que les fue lo suficientemente bien como para no pensar en más traslados.

Así, el 28 de diciembre de 1932 (el mismo año, por cierto, en que empezó a funcionar en Memphis la primera emisora de radio), Willie Mae, que contaba por entonces con unos respetables treinta y cuatro años, dio a luz al primer hijo de la pareja, a quien decidieron bautizar con el nombre del cabeza de familia.

Tan solo quince meses después nacería su segundo vástago a quien llamaron John Joseph, pero que desde muy pequeño empezó a ser conocido con el muy *americano* diminutivo de Johnny.

Su fecha exacta de nacimiento está sujeta a muchas conjeturas, pero es prácticamente seguro afirmar que vino al mundo el 25 de marzo de 1934, a pesar de que Colin Escott, autor del texto que acompaña a la antología discográfica *The Train Kept a Rollin'. Memphis to Hollywood*, sitúa el alumbramiento tres días después sin darle importancia al hecho de que el propio Johnny indicara el 25 como el día de su nacimiento al rellenar la solicitud para obtener una tarjeta de la Seguridad Social en 1951.

Años más tarde, ya alcanzada la fama, la biografía oficial difundida por Liberty Records le restaría unos cuantos años al señalar 1938 como su año de nacimiento. Por citar otro ejemplo diferente, pero relacionado también con estas típicas maniobras publicitarias, indicar sólo que según la información difundida por la Warner, *su* estrella, Humphrey Bogart, había nacido el 25 de diciembre de 1900, cuando en realidad lo había hecho el 23 de enero del año anterior. Eso sí, hay que reconocer que el objetivo está más elaborado en el caso de Bogart que en el de Burnette: Y es que, ¿Qué *americano* nacido el día de Navidad puede ser realmente malo?

En fin, como lo que a nosotros nos interesa son sus glorias musicales, no daremos más vueltas a estos desfases cronológicos, tan comunes en el mundo de la farándula.

Porque nacido un día de uno u otro año, lo importante es que su legado musical ha traspasado cualquier tipo de barrera espacial o temporal para convertirse en algo universal e impecadero, y eso es lo que vamos a tratar de ver en las próximas páginas.

Por desgracia, los datos sobre su vida en general y su infancia en particular son muchas veces contradictorios y, siempre, no demasiado abundantes. Apenas un

6. Costumbre muy *americana*, como bien sabrán todos aquellos que visiten Tupelo (Mississippi) y atiendan las explicaciones de la mujer que hace de guía en la pequeña casa de dos habitaciones donde nació Elvis Presley.

puñado de simples anécdotas que nos obligan a fijarnos en otros referentes para hacernos una idea de cómo debió ser su etapa de crecimiento, sin duda no muy diferente de la de otras futuras estrellas del Rock and Roll con una extracción social más bien tirando a baja. Eso que los *americanos* denominaban, tan explícitos ellos, *white trash*. Es decir, *basura blanca*. Lo mismo que la *basura negra* pero con un color de piel diferente.

Hay que tener en cuenta que la segregación racial estaba a la orden del día en los estados del Sur y que hablar de negros en los Estados Unidos de aquellos entonces (bueno, y actualmente casi también, aunque Barack Obama ocupe la Casa Blanca) era hacerlo, salvo contadas excepciones, de pobreza, vicio, marginación, delincuencia, libertinaje, depravación... Todo lo malo estaba personificado en ese segmento de población norteamericana que hoy día, en un mundo en el que prima lo políticamente correcto incluso a la hora de mantener una conversación sobre el tema más banal, conocemos como *afroamericanos*. Éstos no podían ir a los mismos colegios que los muchachos blancos, ni frecuentar los mismos locales, ni servir en el ejército en las mismas compañías. Incluso los discos de los músicos de color debían incluir una etiqueta con el término *Race Records* (literalmente *discos raciales*) para que los compradores estuvieran avisados de lo posiblemente pernicioso de su contenido.

Pero también se daban algunas (pocas) excepciones a la regla. Por ejemplo, en fecha tan temprana como 1907 había abierto sus puertas en Memphis el teatro Palace, uno de los primeros en todo el sur que permitieron al público de color disfrutar del espectáculo desde perspectivas diferentes a las del, habitual para ellos, *gallinero*. Para tranquilidad de los propietarios del teatro que, por cierto, eran blancos, el Klan aún no había empezado a hacer de las suyas por entonces⁷...

“Los negros pobres y los blancos pobres ya convivían y hacían música juntos hacia 1900. La personalidad de Memphis se forjó a partir de ahí. Todos estos elementos, y toda esta gente, entraron en contacto alrededor de esta zona y la única razón por la que esto ocurrió en Memphis es porque a nadie le preocupaba que algo así pasara”. De este modo explicaba Judd Phillips, hermano del fundador de Sun Records, el fenómeno que haría a la ciudad de Memphis merecedora de su fama e identidad musical.

En un radio de cien millas alrededor de la ciudad se habían establecido un buen número de familias de jornaleros que se ganaban el pan trabajando de sol a sol en los campos de algodón y vivían en frágiles casuchas. Allí es donde muchos jóvenes

7. Aunque se fundó originalmente a fines de 1865, algunos meses después del fin de la Guerra de Secesión, el Ku Klus Klan tal como lo conocemos no surgió hasta 1915 merced a la labor del pastor de la Iglesia Metodista William Simmons quien, junto con sus acólitos, estableció que solo podían formar parte de la organización varones blancos y de religión protestante a partir de dieciséis años de edad. Todos los demás (negros, judíos, extranjeros, católicos...) suponían, según ellos, una amenaza para los valores auténticamente *americanos* y como tal fueron tratados. La trayectoria del Klan llega hasta nuestros días e incluso funcionan en Internet unas cuantas páginas dedicadas a glosar sus *bazañas*.

blancos tendrían su primer contacto con los ritmos y la música que los negros, que en muchos casos trabajaban las mismas tierras que ellos, tocaban al terminar su jornada de trabajo. Así es como el Blues “*documentó la experiencia de los negros del sur mejor que cualquier otra forma cultural de expresión*” y esos jóvenes blancos serían los que, a mediados de la década de los cincuenta, impulsarían definitivamente el nacimiento y posterior desarrollo del Rock and Roll siguiendo el camino abierto por uno de ellos apellidado Presley.

Elvis es, en efecto, el caso más típico del chico blanco de origen humilde que alcanza el *sueño americano* gracias a su talento y esfuerzo, pero también podríamos citar a Carl Perkins, Johnny Cash o Jerry Lee Lewis. Todos ellos, al igual que los hermanos Burnette y Paul Burlison, procedían en mayor o menor medida de la *white trash*, los blancos más desfavorecidos, y nacieron y crecieron rodeados de gente de color, lo que se tradujo en influencias musicales claras, manifiestas y, desde luego, recíprocas.

El caso es que los primeros años de Dorsey y Johnny fueron todo lo felices que los malos tiempos que corrían les permitieron. Aunque económicamente no iban demasiado sobrados, Willie Mae volcó en ellos todo el amor y afecto que no había podido dar a los hijos de su anterior matrimonio y fomentó una complicidad favorecida por la nimia diferencia de edad entre los dos hermanos. Sin embargo, no sería ella la inspiradora de sus primeros escarceos con la música. Para eso, habría que esperar unos pocos años...